



Kate Chopin

La Historia
De Una Hora

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA HISTORIA DE UNA HORA

KATE CHOPIN

PUBLICADO: 1894

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Traducida al castellano por Elejandría desde su publicación original en inglés en la revista Vogue, 6 Diciembre de 1894 y disponible en en.wikisource.org.

LA HISTORIA DE UNA HORA

Sabiendo que la señora Mallard estaba aquejada de un problema cardíaco, se tuvo mucho cuidado en comunicarle con la mayor delicadeza posible la noticia de la muerte de su marido.

Fue su hermana Josephine quien se lo contó, con frases entrecortadas; insinuaciones veladas que revelaban en medio de la ocultación. El amigo de su marido, Richards, también estaba allí, cerca de ella. Era él quien había estado en la oficina del periódico cuando se recibió la información del desastre ferroviario, con el nombre de Brently Mallard encabezando la lista de "muertos". Sólo se había tomado el tiempo de asegurarse de su veracidad mediante un segundo telegrama, y se había apresurado a anticiparse a cualquier amigo menos cuidadoso y menos tierno al llevar el triste mensaje.

Ella no escuchó la historia como muchas mujeres han escuchado la misma, con una incapacidad paralizada para aceptar su significado. Lloró de inmediato, con súbito y salvaje abandono, en los brazos de su hermana. Cuando la tormenta de dolor se hubo agotado, se fue sola a su habitación. No quería que nadie la siguiera.

Allí estaba, frente a la ventana abierta, un cómodo y amplio sillón. En él se hundió, presionada por un cansancio físico que atormentaba su cuerpo y parecía llegar a su alma.

Podía ver en la plaza abierta delante de su casa las copas de los árboles que estaban llenas de vida primaveral. El delicioso aliento de la lluvia estaba en el aire. En la calle de abajo, un vendedor ambulante gritaba su mercancía. Las notas de una canción lejana que alguien cantaba le llegaban débilmente, y un sinnúmero de gorriones trinaban en los aleros. Había trozos

de cielo azul que se asomaban aquí y allá a través de las nubes que se habían reunido y amontonado una sobre otra en el oeste frente a su ventana.

Estaba sentada con la cabeza echada hacia atrás sobre el cojín de la silla, completamente inmóvil, excepto cuando un sollozo le subió a la garganta y la sacudió, como un niño que ha llorado hasta quedarse dormido y sigue sollozando en sus sueños.

Era joven, con un rostro hermoso y tranquilo, cuyas líneas denotaban contención e incluso cierta fuerza. Pero ahora había una mirada apagada en sus ojos, cuya vista estaba fijada allá lejos, en uno de esos parches de cielo azul. No era una mirada de reflexión, sino que indicaba una suspensión del pensamiento racional.

Algo se acercaba a ella y lo esperaba con temor. ¿Qué era? No lo sabía; era demasiado sutil y escurridizo para nombrarlo. Pero lo sintió, arrastrándose desde el cielo, llegando hacia ella a través de los sonidos, los olores, el color que llenaba el aire.

Ahora su pecho subía y bajaba tumultuosamente. Empezaba a reconocer esa cosa que se acercaba para poseerla, y se esforzaba por rechazarla con su voluntad, tan impotente como lo hubieran sido sus dos blancas y delgadas manos. Cuando se abandonó a sí misma, una pequeña palabra susurrada escapó de sus labios ligeramente separados. La dijo una y otra vez en voz baja: "¡Libre, libre, libre!" La mirada vacía y la expresión de terror que la había seguido desaparecieron de sus ojos. Permanecieron agudos y brillantes. Sus pulsaciones se aceleraron y el flujo de sangre calentó y relajó cada centímetro de su cuerpo. No se detuvo a preguntar si era o no una alegría monstruosa la que la retenía. Una percepción clara y exaltada le permitió descartar la sugerencia como algo trivial.

Sabía que volvería a llorar cuando viera las amables y tiernas manos cruzadas por la muerte; el rostro que nunca la había mirado sino con amor, fijo y gris y muerto. Pero vio más allá de ese momento amargo una larga sucesión de años por venir que le pertenecerían absolutamente. Y abrió y extendió sus brazos hacia ellos en señal de bienvenida. No habría nadie que viviera por ella durante esos años venideros; viviría para sí misma. No habría ninguna voluntad poderosa que se doblegara a la suya en esa persistencia ciega con la que los hombres y las mujeres se creen con derecho a imponer una voluntad privada a un semejante. Una intención bondadosa o una intención cruel hacían que el acto no pareciera menos un crimen cuando ella lo veía en ese breve momento de iluminación.

Y, sin embargo, ella le había amado, a veces. A menudo no lo había hecho. ¿Qué importaba? ¿Qué podía contar el amor, el misterio no resuelto, frente a esta posesión de autoafirmación que ella reconoció de repente como el impulso más fuerte de su ser!

"¡Libre! Cuerpo y alma libres", susurraba.

Josephine estaba arrodillada ante la puerta cerrada, con los labios pegados al ojo de la cerradura, implorando que la admitieran. "¡Louise, abre la puerta! Te lo ruego, abre la puerta, te vas a poner enferma. ¿Qué haces, Louise? Por el amor de Dios, abre la puerta".

"Vete. No me estoy poniendo enferma". No, ella estaba bebiendo un elixir de vida a través de la ventana abierta. Su fantasía corría a lo largo de esos días que tenía por delante. Días de primavera, y días de verano, y toda clase de días que serían suyos. Exhaló una rápida oración para que la vida fuera larga. Sólo ayer había pensado con un escalofrío que la vida podría ser larga.

Al final se levantó y abrió la puerta a las peticiones de su hermana. Había un triunfo febril en sus ojos, y se portaba involuntariamente como una diosa de la Victoria. Se abrazó a la cintura de su hermana y juntas bajaron las escaleras. Richards las esperaba al final.

Alguien estaba abriendo la puerta principal con una llave de picaporte. Fue Brently Mallard quien entró, un poco manchado por el viaje, llevando con tranquilidad su bolsa de mano y su paraguas. Había estado lejos del lugar del accidente y ni siquiera sabía que lo había habido. Se quedó asombrado ante el grito desgarrador de Josephine; ante el rápido movimiento de Richards para apartarlo de la vista de su esposa.

Pero Richards llegó demasiado tarde.

Cuando llegaron los médicos dijeron que ella había muerto de una enfermedad del corazón, de la alegría que mata.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**